

4. La Ley de la Lección

La ley de la lección es **que la verdad que se debe enseñar debe aprenderse a través de la verdad ya conocida.**

Toda enseñanza debe comenzar en algún punto del tema o la lección. Si el tema es completamente nuevo, entonces se debe buscar un punto conocido mostrando alguna semejanza de lo nuevo con algo conocido y familiar. A menudo, los alumnos en las escuelas explican su incapacidad para entender la lección con la simple declaración: «No sabía de qué estaba hablando el maestro». La culpa recae claramente sobre el maestro en tal caso. El verdadero aprendizaje comienza con cosas simples y concretas y avanza hacia lo abstracto.

La enseñanza no es solo un derrame de datos. Eso no conduce al aprendizaje real.

La filosofía de esta ley va aún más profundo. Debe recordarse que el conocimiento no es una masa de hechos simples e independientes; está compuesto por la experiencia de la humanidad cristalizada y organizada en forma de hechos junto con sus leyes y relaciones. Los hechos están vinculados en sistemas, asociados por semejanzas de un tipo u otro. Cada hecho conduce a otro y lo explica. Lo antiguo revela lo nuevo; lo nuevo confirma y corrige lo antiguo.

Concéntrese en el alumno. El maestro no es el centro de la ecuación educativa. El alumno es el centro de atención. Un error análogo a esto es el del maestro que espera, por la mera urgencia de su manera de ser y por sus palabras cuidadosamente elegidas, familiares para él, transmitir sus ideas al entendimiento de sus alumnos, sin referencia alguna al conocimiento previo de los alumnos sobre el tema.

Concéntrese en la solución de problemas. Esto, por supuesto, es vital para los maestros de la Escuela Sabática, porque cada clase es un cúmulo de todo tipo de problemas: personales, teológicos, relacionales, relacionados con la salud, etc.

La palabra «problema» es familiar para el maestro. Pensemos en el proceso de aprender lecciones como algo similar a la solución de problemas, como un proceso en el que el alumno se enfrenta a una situación real, cuyo dominio implicará la aplicación de su poder de pensamiento. ¿Cómo debe pensar? Con demasiada frecuencia, los maestros creen que sus alumnos piensan solo de manera simbólica, que reaccionan solo a situaciones artificiales en las que su tarea es hacer lo que el maestro desea, en lugar de hacer un pensamiento verdaderamente independiente por sí mismos. Esto no es necesariamente cierto, y si es cierto en algunos casos, es muy probable que la culpa recaiga sobre el propio maestro. El poder de pensar es parte integrante del equipo mental original del alumno y se

desarrolla gradualmente, como lo hacen otras capacidades. Las situaciones que despiertan este poder en los niños son simples, pero no por ello menos reales.

Es obligación del maestro saber cuáles son los problemas de los miembros de la clase y utilizar estos problemas para hacer que la instrucción sea lo más rica y significativa posible. Un error común es no mostrar las conexiones entre las partes del tema que se han enseñado y las que aún están por venir.

Un maestro puede aplicar esta ley de diversas maneras:

Averigüe lo que los miembros de la clase saben sobre el tema; este es el punto de partida. Esto se refiere no solo al conocimiento de los libros de texto, o a lo que han leído en las notas de la Guía de Estudio de la Biblia para Adultos, sino a toda la información que puedan poseer, como sea que la hayan adquirido.

- Aproveche al máximo el conocimiento y la experiencia de los alumnos. Permítales sentir su extensión y valor, como un medio para adquirir más conocimiento.
- Anime a los miembros de la clase a aclarar y refrescar su conocimiento mediante una exposición clara del mismo.
- Comience con hechos o ideas que estén cerca de sus alumnos y a los que se pueda llegar con un solo paso desde lo que ya es familiar; por ejemplo, la geografía comenzaría naturalmente con la ciudad natal, la historia con los propios recuerdos de los alumnos, la moral con su propia conciencia.
- Relacione cada lección en la medida de lo posible con lecciones anteriores y con el conocimiento y la experiencia de los alumnos.
- Organice su presentación de modo que cada paso de la lección lleve fácil y naturalmente al siguiente.
- Proporcione los pasos de la lección según las edades y los logros de sus alumnos. No los desanime con lecciones o ejercicios que sean demasiado largos, ni deje de estar a la altura de las expectativas de los miembros de la clase presentando lecciones demasiado simples.
- Busque ilustraciones en los objetos más comunes y familiares que sean adecuados para el propósito.
- Guíe a los alumnos para que ellos mismos encuentren ilustraciones de su propia experiencia.
- Familiarice a sus alumnos con cada nuevo hecho o principio; trate de establecerlo y afianzarlo firmemente, para que esté disponible para su uso al explicar material nuevo que vendrá.

- Instar a los alumnos a hacer uso de su propio conocimiento y logros de todas las maneras que sean prácticas, para encontrar o explicar otro conocimiento. Enséñeles que el conocimiento es poder mostrando cómo el conocimiento ayuda verdaderamente a resolver problemas.
- Haga que cada avance sea claro y familiar, de modo que el progreso hacia el siguiente paso sea, en cada caso, sobre terreno conocido.
- En la medida de lo posible, elija los problemas que da a sus alumnos de sus propias actividades y aumente así las posibilidades de que sean problemas reales y no artificiales.
- Recuerde que sus alumnos están aprendiendo a pensar y que, para pensar correctamente, deben aprender a enfrentar inteligente y reflexivamente los problemas que surgen.